

Fotografías **Tommaso Sartori**

# EL EDÉN AFRICANO

Con paisajes volcánicos espectaculares y uno de los bosques tropicales de mayor biodiversidad del planeta, el archipiélago de Santo Tomé y Príncipe en el Golfo de Guinea es único. Carsten Jasner visita la mayor isla, Santo Tomé, y descubre que su belleza encierra una historia oscura pero fascinante



**Sin previo aviso, Paolo se sale** de la ruta. Con un par de golpes de machete se abre camino en la jungla al lado del sendero y regresa con un fruto del tamaño de su dedo. Parece un pepinillo con un tallo de color naranja. Lo parte por la mitad a lo largo, retira las pepitas y se mete la cuarta parte de él en la boca. Se llama *ocami*, explica. Fortifica el estómago y facilita la digestión. No puede ser malo, pienso, mientras mastico un trozo. Tiene un sabor agrio y ligeramente amargo. Al día siguiente, unos kilómetros más adelante, me alegraré de haber tomado esta precaución natural.

Caminábamos fatigosamente en las montañas de la isla volcánica de Santo Tomé, a través de una de las selvas tropicales con más biodiversidad. Santo Tomé y Príncipe, la isla vecina, conforman la segunda nación más pequeña de África. El archipiélago situado en el Golfo de Guinea, a 250 kilómetros de tierra firme, ha tenido la buena fortuna de haber podido evolucionar sin interferencias. Los primeros pobladores llegaron hace 550 años. Las islas son el equivalente africano de las Galápagos.

La familia de Paolo proviene de Cabo Verde. Es un hombre nervudo, con una bandana que sujeta sus trenzas, una venda en un dedo hinchado. Se está curando la herida causada por una planta autóctona. Ya de niño, se aventuraba en la selva de Santo Tomé, donde creció su pasión por unas aves que no se encuentran en ningún otro lugar del planeta. Nunca se le escapa un plumaje azul iridiscente, una cola de color naranja o el círculo blanco del ojo entre el denso follaje. Paolo me ayuda a descubrir las riquezas naturales de esta extraordinaria isla.

Doble página anterior: el Pico de Santo Tomé es la montaña más alta de la isla. La neblina y la lluvia a menudo bloquean la vista de los caminantes que han ascendido los 2024 metros

hasta la cima. Esta página, abajo: una de las casas de plantación en el norte de la isla, un ejemplo del pasado colonial de Santo Tomé. Página derecha: lista de plantas en una escuela

(arriba). La isla está repleta de flora y fauna, con 130 especies endémicas; en el siglo XIX, Santo Tomé era uno de los mayores productores de cacao del mundo (abajo)

De madrugada, iniciamos nuestro viaje de dos días. Desde la capital, Santo Tomé, al nordeste, nuestro vehículo sube una cuesta llena de baches. Nuestro primer objetivo es el lago del cráter, Lagoa Amélia. A una altitud de 1100 metros cargamos nuestras mochilas a la espalda y desaparecemos en la selva. Desde fuera parece densa e impenetrable. Desde dentro resulta ser sorprendentemente espaciosa. La mayoría de los árboles son recientes, sus troncos no más gruesos que el brazo de un hombre según apuntan hacia arriba. Incluso los troncos de los de 15 o 20 metros de altura no miden más que la circunferencia del muslo de un futbolista profesional. Un murciélago revolotea alrededor de los árboles y vuela en dirección a mí. Por un instante miro los diminutos ojos y me aparto de su camino agachando rápidamente la cabeza.

Los rayos de sol atraviesan una cascada de hojas. Flores blancas desprenden un aroma de jazmín. Nuestro camino se ve interrumpido por un árbol caído. Sobre el tronco, iluminada por un rayo de sol, una mariposa negra del tamaño de la palma de mi mano, agita su alas inferiores moteadas de amarillo.

Cada cien pasos, encontramos las gruesas raíces de un gigante de la jungla que domina las copas de los árboles que lo rodean.

Paolo cuenta cómo las hojas y la corteza de estas especies se queman en la chimenea de la casa para hacer desaparecer los celos del marido de una esposa infiel. Morder la corteza empapada en alcohol aumenta la libido del hombre ¿Se lo cree Paolo? Me mira muy serio ¡Por supuesto! Me dice que no lo necesita todavía pero en 15 o 20 años ¿quién sabe?

El sendero es de color teja y resbaladizo. La época de lluvias había acabado solo una semana antes, a principios de mayo. Es una cuesta muy empinada, las raíces serpenteantes de los árboles nos sirven de escalón. Nos agachamos bajo los elegantes arcos de raíces aéreas y evitamos el tupido musgo barbudo. Las orquídeas que suben por los árboles, en aproximadamente un mes, desplegarán sus lenguas blancas desde su capullos angulares. Selva adentro diviso helechos de un verde intenso y arbustos a la altura de mi cabeza con hojas brillantes y cerosas, como las de la azalea.

El clima en la selva es agradable. Alrededor de 20° C, más suave y menos húmedo que en la costa. Vamos deprisa pero disfruto de los descansos. Cuando nuestras botas dejan de chirriar, cuando respiramos con mayor facilidad y no hay necesidad de hablar, escucho el susurro del viento en las copas de los árboles, el zumbido de un insecto del tamaño de mi dedo pulgar. Escucho el suave chasquido de hojas gruesas amarillas cuando tocan el suelo y lo que suena como un grillo tocando rítmicamente las notas altas en un xilófono. El estrepitoso cantar de una estrilda común. Justo por encima de mí, reconozco el silbido de una oropéndola de cara negra, un ave tejedora cortejando a su amada. En la distancia, escucho el grito melódico y grave de la oropéndola de Santo Tomé.

En Santo Tomé viven 17 especies endémicas de aves, y hay 130 especies de plantas únicas en la isla. Estratégicamente situada solo a unas millas desde el punto en el que el Ecuador (latitud 0°) y el meridiano de origen (longitud 0°) confluyen, la isla es un ejemplo perfecto de cómo un hábitat puede surgir de la nada y de los modos en los que la evolución puede ocurrir con total independencia. Hace unos 30 millones de años, la placa continental africana estaba bajo tantas tensiones tectónicas que bastó con un solo ligero desplome para que se rompieran y expulsaran chorros de lava. La cadena volcánica que ahora se extiende desde el activo Monte Camerún en el Atlántico, al sudoeste, produjo cuatro islas, incluida la de Santo Tomé.

La isla tiene aproximadamente 50 kilómetros de largo y 30 de ancho. El suelo volcánico es fértil y el agua de la lluvia forma riachuelos y lo arrastra hacia abajo desde las montañas. Las simientes que llegan con el viento desde tierra adentro ayudan a alimentar a los pájaros recién llegados. El continente africano está lo suficientemente alejado para que cualquier intercambio de flora y fauna sea limitado, permitiendo a las especies evolucionar de manera independiente en Santo Tomé. Los animales del continente no pueden llegar a la isla. No hay leones, rinocerontes, jirafas o elefantes. Hay algunos macacos traídos por los portugueses, además de reses, cerdos y perros.

Este no es un lugar para realizar safaris, lo que hace a esta isla tan espectacular son sus orígenes volcánicos y lo que esto conlleva. El viento y la lluvia han erosionado el basalto de algunos conos volcánicos, dejando solo las chimeneas de roca de fenolito que





**SOBRE NOSOTROS, LAS COPAS DE LOS  
ÁRBOLES SE ESCONDEN A LA VISTA Y LOS  
TRONCOS SE DISUELVEN EN LA NIEBLA.  
TOCO LAS NUBES BAJAS CON LA CABEZA**

El paisaje de la isla abarca la exótica selva (izquierda), playas rodeadas de grandes palmeras, una densa jungla tropical, picos escarpados y volcanes inactivos

despuntan entre la vegetación. La roca arrojada desde las profundidades del planeta se ha apilado con el tiempo a lo largo de la cordillera. Los valles y calderas formadas en las laderas configuran la base de un paisaje diverso. Esta diversidad se debe a que los volcanes extintos crean una línea divisoria entre dos sistemas climáticos distintos. La zona sudoeste de la isla expuesta al viento ofrece un hábitat muy húmedo para la flora y la fauna, mientras que el nordeste detrás de las montañas es de clima más seco, al estilo de una sabana. En el interior de la isla, la selva de las tierras bajas y de altitudes intermedias se extiende hacia las nubes pasajeras sobre el Pico de Santo Tomé de 2024 metros. Hoy no vamos a subir. Es un reto hasta incluso para senderistas expertos, y el tiempo juega un papel importante. Con la altitud aumenta la densidad de plantas epífitas que crecen en los árboles, como las orquídeas y entra más luz en la selva. Con suerte, al final del trayecto, los caminantes tendrán unas vistas maravillosas sobre las copas de los árboles y a través de un mar verde, si no hay neblina y lluvia ese día.

Descubro el significado de esto cuando alcanzamos el borde del cráter. Sobre nosotros, las copas de los árboles se esconden a la vista y los troncos se disuelven en la niebla. Nos encontramos a 1400 metros y toco las nubes bajas con la cabeza. Paolo nos saca de la neblina conduciéndonos por una cuesta y de repente estamos al borde de un claro. Estamos rodeados de begonias de un metro (*Begonia baccata*) con flores blancas y robustos tallos. Frente a nosotros hay una extensión extraordinaria de hierba. Es circular y nivelada sin hoyos ni altibajos.

La superficie es como la de un lago. Y es que una vez fue un lago de caldera que con el tiempo se ha convertido en terreno pantanoso y se ha cubierto de hierba. Parece inofensivo, pero cualquiera que lo pise se arriesga a acabar como Amélia y su caballo en el fondo del cráter. Paolo nos cuenta la leyenda. Después de una violenta discusión con su esposo, la mujer de un terrateniente colonial huyó a caballo. Se perdió en la selva y cuentan que llegó al claro al mismo tiempo que su esposo y su séquito. Aunque su caballo se detuvo, Amélia lo espoleó para atravesar el claro y sus perseguidores presenciaron, sin poder hacer nada, cómo se hundía.

A partir de aquí, cada paso que damos es un recorrido por la historia colonial. Paolo nos señala un árbol, conocido como el “hacha quebrada”. Su madera es muy sólida y en los días coloniales se hubiera tardado varios meses en talar un tronco caído. Los portugueses utilizaban la madera para construir puentes y traviesas para líneas ferroviarias que transportaran las cosechas desde las plantaciones a la costa. Es difícil imaginar cuántas carreteras anchas y asfaltadas y vías de tren atravesaron en su día la isla, mientras recorremos este paisaje tan bien conservado, por el que Paolo y yo nos esforzamos en avanzar por un sendero de medio metro.

Estamos a punto de entrar en lo que se conoce como selva secundaria, nos explica Paolo. Yo no hubiera notado la diferencia.



Los senderistas se alegrarán del viaje al encontrarse con los claros de la selva, las cascadas sobre aguas azul celeste (izquierda); la biodiversidad

de Santo Tomé cuenta con 230 especies de peces registradas como la aguja azul, el pez emperador, el pez vela, el atún claro y la barracuda (derecha)

Hasta hace 70 años, se cultivaba en la isla el cacao y el café. La vegetación tropical de rápido crecimiento ha invadido el terreno. Es difícil distinguir el bosque primario del secundario, especialmente porque los antiguos propietarios de las plantaciones no talaban los árboles nativos para beneficiarse de su sombra.

Nos alzamos sobre un árbol podrido y Paolo dice: “Aquí hay un hospital”. Creí haber entendido mal. Pero de repente apareció frente a nosotros un muro de piedra, el gablete de lo que una vez fue un refugio para los trabajadores enfermos. Se baja por escaleras a la entrada. Las paredes medio derrumbadas y cubiertas de musgo. En vez del tejado, la maleza del bosque secundario, o *capoeira*, ha formado un techo natural sobre la piedra. Estas mismas plantas cubren el terreno circundante, creando arcos y columnatas en las que en otros tiempos se refugiaban los esclavos fugitivos. Aquí practicaban un arte marcial y hacían que pareciera una inocente danza y su nombre procede de los matorrales bajo los que se cobijaban: *capoeira*.

Los portugueses trajeron esclavos, desde lo que hoy es Angola y Mozambique, a finales del siglo XV, y también de Cabo Verde, lugar de origen de la familia de Paolo. Los colonizadores plantaron caña de azúcar hasta alrededor de 1650 cuando la producción de Santo Tomé se volvió insignificante comparada con las grandes plantaciones de Brasil. Sin embargo, los portugueses volvieron dos siglos después para cultivar cacao y café. Se eliminaron extensas zonas de bosque de tierras bajas, especialmente en el norte y este de la isla de clima más seco, para dedicarlo a unas ochocientas plantaciones. Santo Tomé se convirtió en uno de los mayores productores de cacao. La esclavitud se abolió pero los trabajadores continuaron viviendo en condiciones abominables. Los 20 hospitales se diseñaron para dar una apariencia humanitaria superficial en vez de ofrecer unos cuidados sanitarios genuinos.

Nos sentamos bajo un arco derruido para comer: ensalada de yuca con atún y especias, todo producido en Santo Tomé. De postre, Paolo arranca una vaina de cacao. Tiene la forma de una pelota de golf, algo más pequeña. Utiliza el machete para cortar la corteza de más de dos centímetros de grosor. Dentro están los granos de cacao. Recubiertos en una delicada pulpa blanca, parecen dientes de ajo. Los chupamos como si fueran caramelos, extrayendo la pegajosa capa blanca. Tienen un sabor delicioso, dulce y refrescante.

**EN MEDIO DE LOS PLATANEROS DE HOJAS COMO TABLAS DE SURF TODAVÍA QUEDAN ÁRBOLES GIGANTES ORIGINALES**



No estamos lejos de nuestra parada nocturna cuando el cielo se vuelve gris oscuro. Un joven llega corriendo hacia nosotros. Como amenazan lluvias, quiere salvar la cosecha del día. Ata una cuerda a una palmera y alrededor de su cintura para subir con agilidad hasta el recipiente en el que gotea la savia de una incisión en una flor de palmera. La savia se fermentará para hacer vino de palma.

Pasamos por una cascada y después por una calle adoquinada y nos encontramos con los lugareños camino a sus plantaciones. Las mujeres llevan cestos de bananas y papayas en la cabeza. Una mujer enarbola un machete. Después de independizarse de Portugal en 1975, el nuevo gobierno repartió la tierra entre los ciudadanos de Santo Tomé. Ahora todos tienen su propio terreno. En medio de los plataneros de hojas como tablas de surf y árboles de cacao del tamaño de cerezos, todavía quedan muchos de los árboles gigantes originales de la selva, además de la *Erythrina*, o árbol del coral, con llamativas flores anaranjadas.

El alojamiento nocturno resulta ser una casa solariega de madera de dos plantas, de cien años de antigüedad, rodeada por un balcón, cristal *art nouveau* y suelos de parqué. Se llama Bombaim, Paolo me dice que significa algo así como “buena guía”.

Seis de la tarde. El sol ha desaparecido y hay una oscuridad total. Yo me relajo en el porche y miro hacia arriba. Es como si alguien hubiera esparcido sacos de brillantes diamantes en el cielo. Mañana iniciaré el camino de vuelta a la capital, a través de pueblos de montaña con cabañas de madera en vistosos colores, y un hombre que me ofrecerá jugo de palma. La taza en la que me sirve el líquido lechoso no está precisamente limpia. Aún así, no puedo resistir la curiosidad por probarlo. Por suerte también recuerdo el fruto de *ocami* para la buena digestión que Paolo me dio como medida de prevención. Nada más experimentar el sabor agridulce de la bebida,

me alegro de haber recibido tan valioso consejo.

Ahora, la noche anterior a la partida, me pregunto si en presencia de este glorioso espectáculo de la naturaleza, debería tener pensamientos nobles, o simplemente dejarme llevar por la belleza de la vegetación tropical de nuestro pequeño planeta y por la incalculable inmensidad del cielo allá arriba donde, quizás, no crece nada, y mucho menos un paraíso de características tan extraordinarias como este que presencio. ♦

Para obtener más información sobre este tema, vea el contenido exclusivo en *Patek Philippe Magazine Extra* en [patek.com/owners](http://patek.com/owners)